

respirar un poco el aire libre, viendo entonces á algunos viajeros hacer las necedades tradicionales desde que hay viajes en Italia. La parte de la plaza donde están las fuentes y el obelisco es de figura oval; cada elipse (que forma una columnata), tiene un centro, y desde este, que está señalado por un redondel de mármol fijo en el pavimento, todas las filas de columnas solo forman una, pues cada fila está colocada sobre el mismo radio. Algunos se divierten en llevar allí á un *turista* inexperto y en hacerle observar esta combinacion de trazado lineal, delante de la que es añeja costumbre quedarse ásombrado. Dentro del mismo San Pedro esas mismas personas empeñan apuestas respecto del tamaño de los ángeles de las pilas de agua bendita y de la altura á que están las palomas embutidas en los pilares de la nave. Con tales pasatiempos se procura olvidar el cansancio y esperar la hora en que el papa se traslada á San Pedro.

Después de las Tinieblas de la capilla Sixtina baja el papa, llevando la muceta encarnada y el solideo blanco, y seguido de los cardenales, que hoy van acompañados de sus familias; la comitiva sube por la escalera Real, y San Pedro ha sido preparado convenientemente. La guardia palatina forma hileras en la basílica, y el cabildo se traslada á la puerta principal para recibir al papa. A la cabeza de la comitiva marcha la cruz procesional, y luego siguen: la casa del papa, los suizos, los guardias nobles, el papa y el sacro Colegio: al efecto han sido colocados unos almohadones, como es costumbre en los viernes ordinarios de Cuaresma. El papa se arrodilla delante de la Confesion, y en el acto se le presentan, con el cirio encendido, las oraciones prescritas para tales casos, y cada cardenal recibe tambien un carton en que están escritas las mismas oraciones; ábrese luego la tribuna de Santa Verónica, ilumínase débilmente, y como ayer, se exhiben á la veneracion de los asistentes las grandes reliquias. Poco después, el papa se levanta, permaneciendo de rodillas todos los cardenales, y vuelve á entrar en el Vaticano; después de su partida los cardenales se levantan á su vez y se retiran uno á uno.

No bien se alejaron, la concurrencia, momentáneamente recogida, volvió á sus consabidas usanzas; cada cual se dirigió á la puerta de San Pedro, y todos, á pie ó en coche, se volvieron á sus casas. Los romanos lucian sus mejores trenes, y las romanas estaban vestidas con sus mas ricos adornos de ciudad; aquello era una nube de vestidos de seda de color claro, de terciopelos y encajes; vestidos en general ricos, pero en los que suele faltar el buen gusto.

A semejanza de la antigua fiesta de Longchamps, en Francia, los tres dias de Tinieblas son en Roma un

motivo de peregrinacion, al mismo tiempo que de diversion mundana; y el viajero se maravilla al ver la pasajera animacion que entonces adquieren los barrios reservados á la poblacion romana, tan tranquilos habitualmente.

SÁBADO SANTO.

Misa del papa Marcelo en la capilla Sixtina.—Decoracion de esta.—Orden de los asistentes.—Número de los cantores.—Bautismo en San Juan de Letran.—Las audiencias pontificias.—Bendicion á domicilio.—Compras de los viajeros.

He asistido al último oficio celebrado durante la Semana Santa en la capilla Sixtina, y la misa que oí puso término á las anteriores ceremonias. No sé lo que será mañana la fiesta de Pascuas, pero hasta aquí las ceremonias de dicha capilla me han parecido las mas imponentes. Todo allí se halla en tan perfecta relacion, pinturas, música y liturgia, que solo se encuentra un lunar: la presencia tumultuosa de los viajeros, cuyas palabras y trages forman el mas desagradable contraste con el cuadro eminentemente artístico que se despliega á sus ojos. Por fortuna, los viajeros cansados y rendidos que habian asistido estos tres últimos dias al *Miserere* de la capilla Sixtina habian permanecido en sus casas en su mayor parte, y esta mañana he podido oír con desahogo de un extremo á otro la misa del papa Marcelo. Este es, en mi concepto, el Oficio divino mas completo, musicalmente considerado, á que se puede asistir en la Semana Santa; no me es posible descender aquí á detalles respecto de esta parte musical, ni indicar los pasajes notables de la obra de Palestrina; pero creo que los viajeros que no hacen todos los esfuerzos posibles para asistir á esta misa del sábado, se equivocan lastimosamente, pues deberian reservar para este dia un poco de la febril precipitacion con que acuden á las ceremonias de las tardes del Miércoles, Jueves y Viernes.

El 19 de junio de 1565 hizo Palestrina ejecutar por primera vez esta misa delante del papa y de los cardenales: tratábase de reformar la música sagrada, casi desorganizada por los excesos científicos del cantollano. Palestrina compuso tres misas, pero la última fue la que obtuvo la preferencia. Publicada dos ó tres años mas tarde, dicho compositor le puso por nombre *Misa del papa Marcelo*, pontífice que habia muerto hacia algunos años; y no se conoce el motivo que le indujo á dar á su obra el nombre de un papa que tuvo después de su muerte tres sucesores en el trono de San Pedro.

El decorado de la capilla Sixtina es el mismo que se usa en todos los Oficios: solo varían las colgaduras del trono y del altar, y tambien las vestiduras, segun las ceremonias, pero la ornamentacion general es la siguiente: La capilla está dividida en tres

diferentes zonas: la primera formada por el techo y la parte superior de las paredes laterales (parte en la cual están las ventanas), se halla cubierta con los frescos de Miguel-Angel; forman la segunda una parte plana de las paredes debajo de las ventanas, y la adornan pinturas muy inferiores en mérito á las de Miguel Angel, pues son de Signorelli, F. Perugino y Ghirlandajo; la tercera zona comienza debajo de estas pinturas y llega hasta el suelo; está decora-

da de un modo á propósito para producir una ilusion óptica, y representa cortinajes regulares sostenidos por medio de grandes lazos: sistema de decorado muy frecuente en Roma, y no del mejor gusto. Por fortuna, los estrados de los asistentes eclesiásticos, el trono del papa y los grupos que ceremonial requiere, ocultan casi por completo estos cortinajes bajo la brillantez de los trages y lo pintoresco de los movimientos. En el fondo, el *Juicio Final* ocupa todo



Un macero.

el cuarteron ó tablero de la capilla, y solo la parte inferior está un poco oculta por una tapicería que representa la Anunciacion, imitacion del Barrochio, colgada sobre el altar.

No há muchos años que en las grandes ceremonias se decoraban las paredes de la capilla Sixtina con las tapicerías llamadas de Rafael, ejecutadas con arreglos á sus dibujos ó *cartones*, cuya mayor parte existe en el museo de Hampton-Court. Estas tapicerías, esmeradamente conservadas, han sido reunidas en una de las galerías del Vaticano, hallándose de este modo mas á cubierto de la destruccion; pero la capilla pierde en las grandes solemnidades uno de sus mas hermosos adornos.

Las disposiciones eran iguales á las del Jueves Santo, y asombrosa la magnificencia de los trages; los cardenales vestian la capa roja que tan buen efecto produce.

Al llegar al *Gloria* suenan las campanas, mudas desde el Jueves; un clérigo salió de la sacristía y va á dar al papa la *aleyuya*; y los suizos, los maceros y los guardias nobles, que desde el dia anterior llevaban sus alabardas, sus mazas y espadas inclinadas al suelo, las levantan en señal de triunfo.

En cada parte de la misa hay un contraste muy notable entre los cantos puramente litúrgicos y la repetición de los coros de los capellanes que cantan la música de Palestrina. Hoy los coros han sido muy

dignos de atención, pudiendo decirse que compitieron para hacer más solemne la misa del papa Marcelo, y la atmósfera era menos sofocante que en las Tinieblas de la noche. Las condiciones de temperatura deben ser tenidas en cuenta cuando se trata de voces humanas, que reunidas en un espacio relativamente pequeño, ejecutan una música de entonaciones difíciles.

Estos coros ocupan una tribuna enverjada y dorada, que llena en parte la pared lateral de la derecha en frente del *Juicio final*; cerca de ellos está la separación que divide los dos espacios reservados, uno para el público y otro para el clero, colocado en una especie de cuadro distribuido como sigue: en el fondo y en medio está el altar, y á la izquierda, apoyado en la pared lateral, descuellan el trono del papa. Cerca de este, y á su derecha é izquierda hay dos diáconos; en el fondo, entre el trono y el altar, se encuentran el sacristan que lleva la cruz pontificia, los patriarcas y los obispos asistentes; en las gradas del trono está sentado el príncipe asistente; en el fondo, á la derecha del altar, se hallan los capellanes del cardenal celebrante; delante del altar está el cardenal que oficia, con el diácono y el subdiácono; más adelante, la casa del papa; luego, á cierta distancia, rodeando la capilla y en frente del trono y del altar, se extienden los asientos para los cardenales, los embajadores, los generales de las órdenes monásticas y el gobernador de Roma. Cada uno de estos altos funcionarios va acompañado de uno ó dos caudatarios ó sirvientes, cuyos trajes más sencillos contribuyen no obstante á dar realce al brillante colorido de la capilla.

Una palabra más acerca de los cantores. Su número se aproxima á treinta ó treinta y cinco, repartidos en esta proporción: dos bajos y dos contraltos para un tenor y un tiple; los bajos son á veces soberbios, y bajan según se dice tanto como los rusos, hasta el *do grave*. Las partes altas son ejecutadas por triples y tenores que habiéndose formado una voz de *falsete*, se ejercitan en reproducir los tan celebrados efectos de la música de los últimos siglos.

Algunos viajeros abandonan la capilla Sixtina y se trasladan á San Juan de Letran, donde en la mañana del Sábado se verifican la Ordenación en la basílica, y el bautismo de los convertidos en el baptisterio de Constantino. Terminadas estas ceremonias, se exponen los relicarios que contienen las cabezas de San Pedro y San Pablo.

En la basílica de San Pedro se verifica la bendición del fuego nuevo y de los fondos del bautismo; estas ceremonias son sin duda interesantes; pero cómo resolverse á salir de la capilla Sixtina, sobre todo cuando en ella puede oírse la misa del papa Marcelo?

El día del Sábado Santo podía darse por terminado después de la misa de la Sixtina; practícanse sin embargo diferentes ceremonias á las que el viajero puede y debe asistir: las más importantes son la bendición á domicilio y la audiencia solemne del papa. La palabra *ceremonia* se usa impropriamente cuando se aplica para designar esta recepción oficial de los fieles por el pontífice; pero entre los viajeros, que todos á porfía procuran ser admitidos, la audiencia del Sábado ha llegado á figurar entre las ceremonias de la Semana Santa.

Es difícil formar idea de las numerosas y apremiantes solicitudes que presentan los viajeros para conseguir billetes que les autoricen á asistir á la audiencia pontificia. En esta época del año los días son tan fatigosos para el papa y el número de las peticiones es tan considerable, que no hay que pensar en pedir una audiencia particular. Aun en tiempos ordinarios es difícil conseguir estas; y á fin de impedir inútiles impertinencias es costumbre no concederlas sino mediante una solicitud recomendada por algún personaje influyente y conocido en Roma. La respuesta se lleva á domicilio, y contiene la indicación del día y de la hora en que el peticionario será admitido por el papa; admisión que no se otorga sino á las personas especial y nominalmente indicadas en la solicitud presentada y en la respuesta que se envía. Si solo hay hombres, el papa recibe en sus aposentos del Vaticano; pero si tiene que recibir á señoras, da audiencia en una pequeña galería, en el ángulo de la rampa de los jardines del Vaticano, hacia el lado de la capilla Sixtina. Situada en el piso que está sobre el de la habitación Borgia, dicha galería se halla exactamente encima de la que contiene las Bodas *Aldobrandinas*. Para llegar á ella se sube la escalera Real y se pasa por debajo de la capilla Sixtina por entre los contrafuertes que la sostienen por la parte del Norte, y después de dar un rodeo bastante largo se llega, guiado por un sirviente vestido de encarnado, á los salones que forman la prolongación de los aposentos de Rafael. El salón de espera contiene dos grandes cuadros modernos que representan la canonización de los mártires del Japon en San Pedro, y el hundimiento del claustro de Santa Inés extramuros, donde el papa, el sacro Colegio y los más altos funcionarios salieron prodigiosamente incólumes al caer al mismo tiempo que el techo desplomado, de un piso á otro. Al llegar al momento de la audiencia un camarero va á buscar á cada persona ó grupo de estas y las acompaña hasta cerca del papa, á quien es costumbre acercarse haciendo tres genuflexiones sucesivas.

Mientras dura la Semana Santa los altos personajes extranjeros son casi los únicos que pueden obtener el favor de las audiencias particulares, y todos los es-

fuerzos de los viajeros se encaminan á poder entrar en las solemnes; el número de las personas admitidas es por lo regular de setecientas á ochocientas cada vez, pues hasta los protestantes se esfuerzan para hallar cabida en ellas; y se refiere que hoy el papa, que al parecer ignoraba este hecho, ha dicho cortesmente que «daba á unos y otros su bendición: á unos como á sus hijos, á otros para abrirles los ojos, y á todos desde lo más íntimo de su corazón.»

Hé aquí el ceremonial de estas audiencias. Las personas autorizadas y provistas de los indispensables requisitos se reúnen en la gran galería designada al efecto en el Vaticano; las señoras y los hombres visten trage de etiqueta; el mayordomo coloca á todos los concurrentes en dos largas filas, y el papa al llegar recorre lentamente estas, que se arrodillan á su paso; un secretario le indica á medida que avanza, los nombres de los peticionarios y lo que solicitan, y á veces el papa dirige algunas palabras á las personas á quienes se halla próximo. Cuando llega al fin de la galería sube á un trono preparado al efecto, y desde él dirige un breve discurso, retirándose después de dar su bendición.

Hablando ahora de otros asuntos, no debo pasar en silencio la bendición á domicilio, que se da en todos los aposentos y en todas las casas. Esta costumbre existe según creo, en una parte del Mediodía de la Francia, donde se bendicen las casas, sino regularmente todos los años, por lo menos en ciertas solemnidades de familia. Un sacerdote seguido de un acólito sube á las casas de su parroquia, entra en todas las habitaciones y recorre bendiciéndolas, las alcobas, los muebles, los utensilios, las provisiones y los habitantes. Por lo regular, en la mesa de las cocinas romanas se llena una cesta de huevos que se comen el día de Pascua. Todas las casas de Roma reciben de este modo la visita de su respectivo párroco.

Pocas veces están los viajeros de regreso á su casa cuando el Sábado Santo se da á domicilio la bendición pascual, pues no bien terminan las ceremonias de la capilla Sixtina, San Pedro y San Juan de Letran, se fija la atención en la audiencia solemne, y los que no han tenido la fortuna de figurar en el número de los elegidos hacen sus indispensables visitas á los almacenes que venden á los *turistas* los pequeños recuerdos que cada cual se juzga obligado á llevarse de Roma.

El guarismo á que ascienden las compras hechas anualmente por los viajeros, es exorbitante; ciertas industrias romanas solo fabrican durante las estaciones en que acuden los viajeros de los que viven exclusivamente. Los productos surten á una masa considerable de personas, y por consiguiente el arte resulta muy perjudicado, como acontece siempre en tales casos, porque la mayor parte de aquellos son de

pésimo gusto y de una trivialidad deplorable. Las fotografías y los grabados son algunas veces hermosos, pero es preciso saber elegirlos. Los viajeros son por lo regular muy aficionados á los diges, y especialmente á los camafeos y mosaicos, y se les vende entonces bajo estas dos formas las más detestables labores. En Roma se hacen mosaicos en todas partes, y no es raro ver á los dependientes de un tabernero ó de un lonjista labrar mosaicos mientras esperan á sus parroquianos. Hay algunos establecimientos donde los objetos que se espandan son muy notables; pero la mayor parte de los viajeros que desean poseer algo que á primera vista produzca buen efecto y cuyo precio sea módico, se dirigen á mercaderes que conceden escasa importancia al buen gusto, y á los cuales por otra parte la baratura de lo que venden hace difícil una fabricación más concienzuda. Por lo demás, ¿por qué habian de cambiar los géneros que constituyen su comercio? Hace cincuenta años que venden los mismos objetos, y seguirán vendiéndolos por espacio de otros cincuenta. Así, todos los equipajes que salen de Roma llevan el mismo broche y el mismo brazalete, con el mismo rótulo y el mismo monumento. Al lado de estas mundanas chucherías figuran los rosarios y las medallas, objetos que con preferencia se destinan á las personas piadosas; respecto de ellos no puede suscitarse cuestión alguna relativa al buen gusto ó á la moda, pues el modelo es inmutable y solo son diferentes los precios: rosarios hay que valen un franco por docena, al paso que hay otros que cuestan mil francos por pieza; el viajero que desee llevarse una provision de este género deberá ir cerca de la Minerva, calle de Santa Clara, pues en casa de la señora R. Mercurelli se hace un consumo extraordinario; hay tambien en dicha casa hermosos libritos, grabados, fotografías, rosarios y otros objetos relativos á la devoción. Allí hice mis pequeñas compras, volviendo por el Panteon y el Corso. Por su parte, los confiteros, muy numerosos en Roma, adornan sus tiendas con azúcares pintados que representan el Cordero Pascual, el niño san Juan y el niño Jesus, con una bandera en la mano.

DOMINGO DE PASCUA.

La mañana.—Tribuna en San Pedro.—Público.—Ornato pasajero de San Pedro.—Entrada del papa.—Comitiva.—Las cuatro tiaras.—Las espadas suizas.—Los abanicos.—Misa.—Elevación de la hostia.—Comunion por medio de la cánu-la.—Salida demasiado atropellada del público.—Vista de la plaza.—Bendición solemne.—Desfile de los altos personajes.—Iluminación de la cúpula.—Los rateros italianos.

A las cinco de la mañana abandoné el lecho; las salvas de artillería del castillo de San Angelo estremecian las vidrieras de mi cuarto, y me proponia ir muy temprano á San Pedro, no para asegurarme de

antemano un lugar, sino para observar detenidamente el aspecto del público viajero en esta última gran festividad de los días santos. El tiempo necesario para mi arreglo y un frugal desayuno hicieron que no llegase á San Pedro hasta las siete, pues no había contado con el encarnizamiento de las señoras, y nada ví desde la entrada porque todas se habían aco-

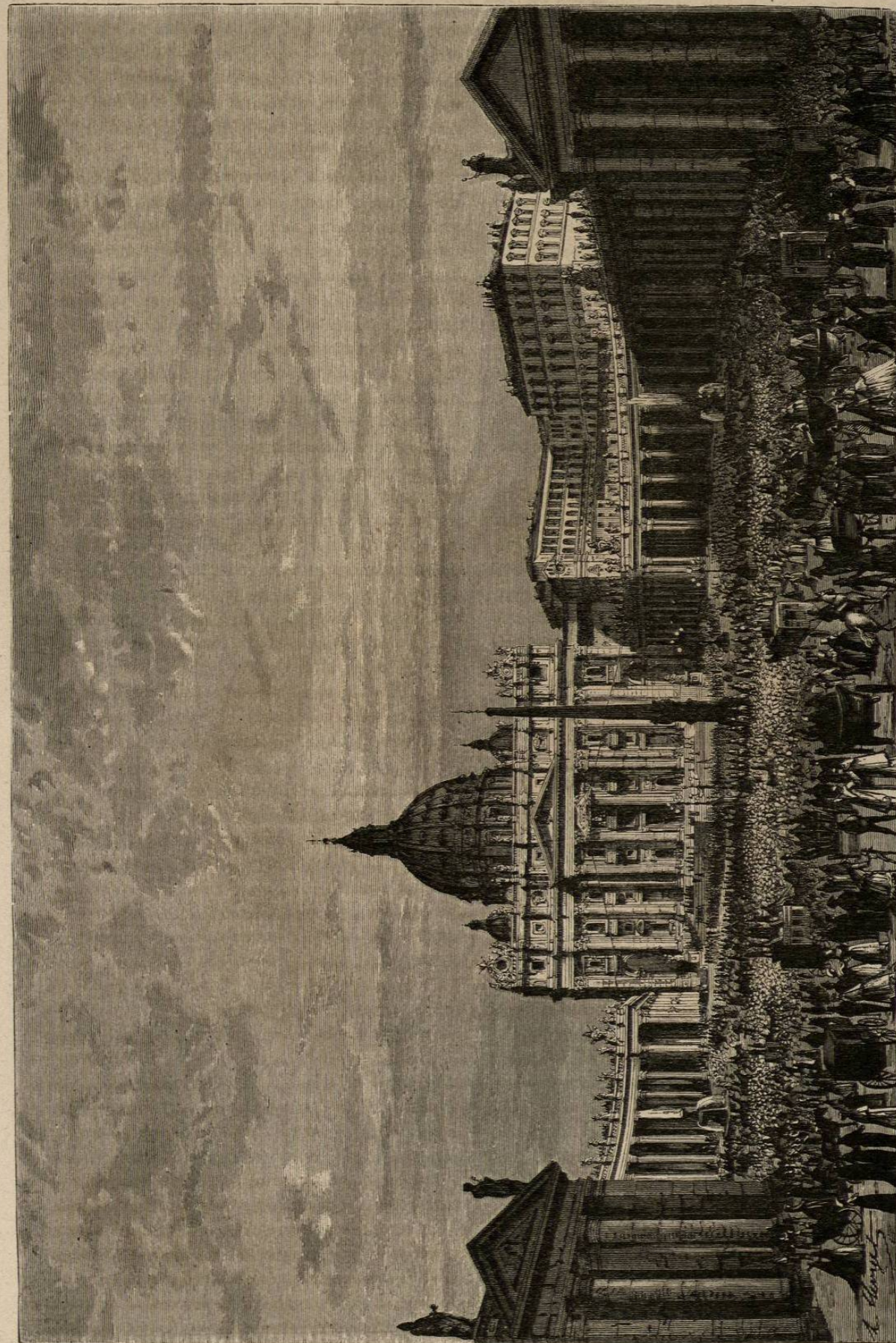
modado en las tribunas de la basílica. Supe después que antes de las cinco la cola se había situado debajo del vestíbulo de aquella, formada únicamente de señoras que, vestidas de riguroso traje negro, habían esperado pacientemente á que se abriesen las puertas. Al llegar tan venturoso momento, las señoras se abalanzaron á estas, y ayudándose ó luchando mú-



Pío IX.

tuamente, según las simpatías ó las repulsiones que hacía sus vecinas experimentaban, llenaron en un momento las tribunas que están á cada lado de la Confesion; así fue que los ugières, arrollados por la invasión femenina, hubieron de resignarse á ayudarlas galantemente á subir los escalones, en vez de procurar oponer una barrera insuperable á su atrevimiento. Mas, no todas pudieron hallar asiento en

los largos estrados, y muchas se vieron obligadas á permanecer en pie debajo de sus felices compañeras, siendo de notar que al abrirse las puertas eran las seis de la mañana, y que aquellas impertérritas damas tenían que permanecer aun en pie hasta la conclusión de la misa, es decir, hasta las doce ó doce y media. Algunas más afortunadas que el resto, poseían billetes de la tribuna militar francesa, en la que se



La bendición solemne del domingo de Pascua en la plaza de San Pedro.